

GUILLERMO SACCOMANNO

# Terribile accidente del alma

 Planeta

I  
El chico y el enano



# 1

Desde sus primeros días de colegio, el chico se siente raro. La madre lo convenció de que era superior a todos, pero en el colegio todos lo juzgan, además de distinto, lento y aburrido. Desde el embarazo, la madre lo pensó como un ángel venido a cumplir sus deseos de venganza. Siempre se lo repite: si no fuera por ella él no habría nacido. Porque, de ser por su padre, jamás habría llegado a este mundo. El padre, un esclavo de escritorio, enfermo de hemorroides. Su sueldo apenas alcanza para alimentar una boca, repite el padre. Y está condenado, por ingenuo, a llegar apenas a fin de mes. Todo, se queja entre dientes, por haber confundido una vagina con el amor y confiado en que la menstruación no le jugaría esa mala pasada: un embarazo. La mujer siempre se lo recuerda: claro que podrían vivir mejor los dos con su sueldo, pero como el muy tacaño ahorra hasta en preservativos, acá está la consecuencia: el nene crece, sus pies crecen y hay que comprarle zapatillas nuevas. Lo único que no crece es su sueldo. Si el nene hubiera sido una nena, piensa el padre, tal vez la habría aceptado con otra disposición. Después de su primera regla, virgen, a buen pre-

cio la habría vendido a una empresa petrolera para sus cabarutes remotos en el sur. A menudo el padre trata de aprovechar todo descuido de su mujer para deshacerse del estorbo. El chico no olvidará esa tarde de sus ocho años en que el padre lo abandona entre autos incendiados, humo de neumáticos, una multitud que corre despavorida buscando refugio, manadas de perros huyen, los helicópteros ametrallan un edificio, cuerpos en llamas vuelan en el aire, el cielo se oscurece. El chico conserva con precisión todas las impresiones de esa tarde. El padre lo lleva bajo un pórtico, le da un chupetín y le pide que no se mueva de este lugar. El padre sonríe nervioso. Lo besa en la frente. Se aleja apurado. No se da vuelta siquiera para una última mirada. Y si no siente culpa es porque el regocijo lo desborda. Al dar vuelta la esquina, el padre corre. Baja hacia el subte. Cuando vuelve al departamento, la mujer le pregunta por el hijo. Y él, fingiéndose abatido, le dice que lo extravió en la confusión de un enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla. El chico se zafó de su mano y escapó en la humareda del combate, le cuenta. Lo buscó y lo buscó sin resultado. Pero el chico es inteligente, le dice. Sabrá orientarse. El chico aparecerá. Es evidente que ella no le cree: lo nota en sus ojos. No puede mirarla de frente. Por más que actúa una expresión compungida, sus ojos develan una alegría inocultable. Ella no le cree. Le reprocha que nunca quiso al chico. Nunca lo quiso, le grita. Seguro que lo mató, porque piensa que él es capaz de matarlo. Acaso una vez no intentó ahogarlo con la almohada, le recuerda. El padre se defiende: ella siempre malinterpretó aquella escena de juego con la criatura. Jura ahora que el chico se le perdió. Ella pasa de la amargura a la desesperación. De la desesperación, a la furia. De la furia, al ataque. Agarra un cuchillo de cocina, lo persigue por

el departamento. Acorralado, se cubre de las estocadas, tiene los brazos ensangrentados. Si salta por la ventana, aunque la calle está siete pisos más abajo, puede caer sobre el toldo de una verdulería transgénica. Lo salva el timbre. La mujer grita. El chico está en la puerta del departamento. Todavía no terminó el chupetín. Todavía le lloran los ojos por el efecto de la pólvora y los gases lacrimógenos. La madre vuelve entonces a la carga. Pero, a esta altura, el padre se ha deslizado hacia la puerta y apenas un paso le basta para huir.